

## El placer del mal

FERNANDO CASTANEDO.

GILLES DE RAIS fue un criminal loco y sádico. Mariscal de Francia con el rey Carlos VII emprendió una carrera de sexo y sangre que le hizo emular a un monstruo de cuento, Barbazul. De Rais fue ajusticiado en Nantes en 1440. Antes escribió: "Yo hice lo que otros hombres sueñan. Yo soy vuestra pesadilla".

Gilles de Rais, nieto de uno de los hombres más ricos y poderosos de Francia, enseguida despuntó por su temeridad en los campos de batalla. Fue lugarteniente de Juana de Arco y sólo contaba 25 años cuando Carlos VII le hizo mariscal de Francia. Al morir su abuelo se retiró a sus dominios y allí comenzó una carrera de sexo y sangre que le hizo pasar a la historia de los malos con el nombre de un monstruo de cuento, Barba Azul.

Gilles de Rais nació en la torre negra del castillo de Champtocé en 1404. Su padre, Guy de Rais, se había casado con la hija de su peor enemigo, Jean de Craon, para zanjar la disputa por una herencia. Del contrato matrimonial de Guy de Rais y Marie de Craon nacieron dos hijos, Gilles y René, que quedaron huérfanos al morir la madre y el padre en 1415. Guy de Rais tuvo el tiempo justo de hacer testamento y dejar instrucciones sobre lo que deseaba para sus hijos. Lo que no quería bajo ningún concepto era que Jean de Craon, su malévolo y astuto suegro, se hiciese cargo de ellos. Dejó la tutela en manos de un primo que no pudo hacer nada cuando el poderoso abuelo de Gilles de Rais decidió saltarse a la torera la última voluntad de su yerno. No iba a permitir que otro administrase las riquezas acumuladas en parte gracias a sus manipulaciones y que pronto pasarían a este nieto.

La vida con su abuelo resultó instructiva. En el castillo de Champtocé aprendió a hacer siempre lo que le venía en gana, sin importarle si estaba bien o no. Los dos clérigos que le habían tutelado hasta entonces, al comprobar que el abuelo "dejaba a su nieto libre de hacer, a su gusto, todo el mal que le pluguiese", y que además se ponía él mismo como ejemplo para Gilles, se marcharon. La lección fundamental que le transmitió Jean de Craon fue que su estado le situaba por encima de la ley, más allá de las prohibiciones pensadas para el resto de los hombres. El abuelo no tardó en iniciarle en la práctica de este dictado. Negoció dos posibles bodas para su nieto, pero al ver que ninguna de estas alianzas cuajaba le mandó secuestrar a su riquísima prima Catherine de Thouars, que iba a heredar propiedades colindantes con las suyas en Poiteau. Gilles la abdujo y su abuelo amenazó a la familia de la muchacha con meterla en un saco y echarla al río Loira, como a un gato, si no accedían al enlace. Los de Thouars enviaron negociadores, entre ellos a un tío de Catherine. De Craon los recibió con una paliza y los encerró en las mazmorras de Champtocé. Durante las conversaciones que siguieron, el padre de Catherine murió de unas fiebres y, finalmente, cuando las autoridades eclesiásticas reconocieron el matrimonio entre Gilles y Catherine, De Craon liberó a los negociadores. Las condiciones del encierro habían sido tan malas que el tío de la recién casada murió poco después.

Pero una infancia torcida puede dar como resultado un hombre malo cuando va acompañada de otros defectos del carácter. En el caso de Gilles de Rais se conjugaron la ausencia total de escrúpulos que observó en su abuelo con una osadía temeraria, ambas unidas a una candidez infantil. Para justificar a Gilles de Rais, o mejor, para explicarlo, casi todos los intérpretes han

recurrido a la costumbre de rascar en su infancia y en su juventud. A este respecto, lo fundamental parece estar en un abuelo que, por un lado, se puso como ejemplo a seguir, pero, por otro, no supo enseñarle a dirigir su falta de escrúpulos a un determinado fin. Jean de Craon dirigía todos sus esfuerzos a lucrarse, sin importarle los medios. Así logró la mayor fortuna de Francia. Gilles, por el contrario, se quedó con la práctica del mal, pero sin fines concretos a la que aplicarla, y terminó dirigiéndola hacia lo único que le era propio e inalienable: la satisfacción de sus instintos. La lección fundamental que le transmitió Jean de Craon fue que su estado le situaba por encima de la ley, más allá de las prohibiciones pensadas para el resto de los hombres, y se dedicó a obtener el placer que le proporcionaba ver sufrir a los demás.

Al hambre se juntaron las ganas de comer cuando, a los 14 años, Gilles de Rais comenzó su carrera militar participando en varias escaramuzas de la Guerra de los Cien Años. Contando ya con una sólida formación en el crimen y la crueldad, Gilles no podía sino destacar en el arte de destruir al enemigo. En cuanto se armó caballero, empleó su fortuna en llevar soldados, consiguió reunir a los mejores mercenarios, pagó espías sin mirar en gastos y logró rodearse de caballeros tan valientes como él. No le costó acostumbrarse a la vida de campaña, a las marchas, a las refriegas permanentes con los ingleses, a la sangre ni a los gritos de los moribundos. De hecho, se hizo famoso por encabezar con una temeridad loca las cargas contra el enemigo, blandiendo golpes de espada contra todo lo que se le pusiera delante mientras se desgañaba jaleando a los suyos. Logró algunas victorias importantes para el delfín —heredero al trono de Francia—, al que apoyaba contra las pretensiones de Enrique V de Inglaterra, que quería hacerse con la corona.

Precisamente en 1429 se presentó ante el delfín una doncella que decía escuchar voces de santos. Le pidió un ejército para liberar la ciudad de Orleans, asediada por los ingleses, y para coronarle de una vez por todas rey de Francia. La doncella se llamaba Juana de Arco y obtuvo lo que pedía: diez mil soldados bajo el mando de Gilles de Rais, que para entonces se había convertido en uno de los caballeros más apreciados, tanto por su riqueza como por su brutalidad. Mano a mano la doncella y el caballero, la futura santa y el monstruo futuro, ganaron batallas, liberaron Orleans y fueron los encargados de conducir al delfín Carlos hasta Reims para su coronación. El honor de llevar los santos óleos en la ceremonia recayó en Gilles de Rais. Poco después, Carlos VII le nombraba mariscal de Francia a instancias de su favorito —y primo de Gilles—, Georges de la Tremoille.

Al año siguiente. De la Tremoille se lavó las manos cuando los ingleses capturaron a Juana de Arco y la acusaron de herejía. Gilles de Rais intentó convencer a su primo de que podían salvar a la doncella de Orleans, pero en realidad al favorito le interesaba que la joven visionaria desapareciese de la corte de Carlos VII. Juana de Arco fue condenada y murió en la hoguera en 1431. Georges de la Tremoille, mientras tanto, se jactaba cínicamente de lo bien que sabía manejar a Gilles, del que decía que era un tonto útil (y muy rico): "¡Es bueno hacerle progresar en el aprendizaje del mal".

En 1432 murió Jean de Craon, no sin antes tener un último gesto de desprecio para con su nieto y heredero: le entregó su espada a René, el menor de los dos hermanos, y se lamentó de haber criado a Barba Azul. En cuanto le llegaron las noticias, Gilles decidió abandonar los tejemanejes de la corte, para los que no valía, se retiró a sus tierras y largó todas las velas de su deseo. Al poco tiempo comenzaron a propagarse rumores por la comarca.

La fiesta de este chivo comenzó en Champtocé, pero Gilles de Rais también dispuso habitaciones para sus orgías en los castillos de Tiffauges y de Machecoul, y en la casa llamada de la Suze, en Nantes. El primer secuestro que se le atribuyó fue el de un aprendiz de curtidor. Al parecer, Guillaume de Sillé, primo y amigo íntimo de Barba Azul, encargó al muchacho, de 12 años, que llevara un mensaje al castillo de Machecoul. Pasado un tiempo razonable, el curtidor, visto que su aprendiz no daba señales de vida, se acercó al castillo a preguntar por él y allí le dijeron que el muchacho había sido raptado en Tiffauges por unos salteadores. Nunca más se supo del aprendiz. Algo parecido les sucedió, años más tarde, a algunas madres que se atrevieron a pedir cuentas a los habitantes del castillo de Machecoul. Guillaume de Sillé, tal vez para protegerse, o quizá para consolarlas, salió del paso con la patraña de que en efecto raptaban a los niños y se los entregaban a los ingleses por orden del rey. Añadió que, una vez en Inglaterra, los educaban para convertirlos en pajes.

Poco a poco, los rumores sobre desapariciones de niños fueron a más, hasta el punto de que toda la comarca del País de Rais cobró una fama siniestra. Cuenta una crónica que en cierta ocasión se encontraron dos campesinos de camino al mercado y que cuando se preguntaron de dónde eran y uno de ellos respondió que de Machecoul, el otro le miró aterrorizado, dijo: "ahí es donde se comen a los niños", se santiguó y se fue.

Lo que pasaba con los niños desaparecidos no llegó a saberse hasta años después, gracias a los testimonios recabados durante la investigación judicial. A pesar de que muchas de las confesiones se obtuvieron bajo tortura, incluida la del principal encausado, coincidían en demasiados puntos como para ponerlas en tela de juicio. Por ellas sabemos que el crimen se fue repitiendo hasta convertirse en un violento y macabro ritual que los celebrantes disfrazaban de ceremonia solemne.

Lo primero, claro está, era hacerse con una víctima. Con frecuencia secuestraban a los niños con engaños, como en el caso del aprendiz de curtidor, pero también se aprovechaban de los mendigos que llamaban cándidamente a las puertas del castillo pidiendo limosna. Tampoco faltaron padres confiados que se dejaban seducir por promesas falsas, ni padres sin escrúpulos que vendían a sus hijos por unas monedas.

Una vez en su poder, los criados se ocupaban de preparar al niño o al muchacho (hubo víctimas de entre 7 y 20 años). Le vestían con prendas lujosas, le alababan al señor que estaba a punto de conocer y le prometían toda clase de regalos si se portaba bien. Después llegaba el festín. Los criados conducían al niño a la mesa. Gilles de Rais y los participantes se sentaban a cenar con el niño, impresionado por lo que le había tocado en suerte vivir. Se servía una cena exquisita, abundante y bien acompañada de hidromiel y vino.

De allí pasaban a una cámara especialmente dispuesta, a la que sólo tenían acceso los cómplices más allegados de Gilles de Rais. Éste observaba a los muchachos y frotaba contra ellos su virilidad... se deleitaba e inflamaba de tal modo que criminalmente y en forma adversa a la normal surtía el vientre de los niños", según reza el auto medieval. Si el muchacho gritaba, cosa que molestaba mucho a Barba Azul, lo colgaban del cuello para sofocar sus sollozos y De Rais lo violaba en esa postura. Enardecido por su instinto sangriento, De Rais lo mataba o daba orden de que lo matasen. Algunas veces

decapitaban a los muchachos o los degollaban, y otras los descuartizaban, les daban garrote o les abrían las entrañas como si fuesen ganado.

La ceremonia no siempre terminaba del mismo modo. Poitou, uno de los siervos más fieles de Gilles de Rais, fue secuestrado como cualquier otro, pero cuando llegó la hora de asesinarle el mariscal le perdonó la vida en honor a su belleza. Precisamente fue Poitou el que en su declaración recordó cómo "una vez muertos, (De Rais) besaba a los niños; solía tomar las cabezas y las extremidades más hermosas, las levantaba para admirarlas y lloraba lamentándose de lo sucedido. También ordenaba que se les abriesen los cuerpos y disfrutaba con la visión de sus órganos internos. En algunas ocasiones se sentaba encima del niño moribundo y se tocaba mientras le veía morir. Se reía..."

Por otros testimonios sabemos que también se daba a la necrofilia. Después de fornicar con los cadáveres de sus víctimas, padecía unos brotes locos de arrepentimiento en los que juraba que emprendería una peregrinación a Tierra Santa para redimir sus crímenes. Los buenos propósitos duraban poco. Al día siguiente, el riquísimo Gilles se veía de nuevo rodeado de una numerosa flotilla de íntimos que le adulaban y le seguían el juego, riéndole las gracias, secundando sus caprichos aberrantes, azuzándole y zanganeando a su costa; Gilles de Rais no habría llevado a cabo sus crímenes sin ayuda.

El escuadrón del vicio estaba formado, además de por un gran número de criados y comparsas, por varias figuras principales que compartían con Gilles una vida fastuosa. Desde el principio contó con sus primos Guillaume de Sillé y Roger de Briquerville, además de otros jóvenes de familias nobles y arruinadas; Blanchet, su capellán; sus fámulos Henri y Poitou, y al final, con el brujo Prelati.

El mariscal de Francia no se privaba de nada, y mucho menos de escenificar su poder, aunque desde que se retiró de la corte no fuese más que un poder nominal. Por ejemplo, seguía desplazándose con toda la pompa protocolaria que le correspondía, aderezada con algunos extras de su cosecha. Se hacía preceder de heraldos y maceros, con tabardos bordados en oro y plata, a los que acompañaban pajes vestidos con jubones de brocado y sayos trepados, reyes de armas y perseverantes, un cuerpo de ballesteros bretones a pie y de caballeros sobre alazanes, mientras él, como un rey, montaba su palafrén.

Pero Gilles de Rais, al contrario que su abuelo, sólo sabía gastar como un pródigo y pronto se vio sin dinero contante y sonante con el que mantener el espectáculo de su locura. Para salir de aquella situación comenzó a vender propiedades hasta que en 1435 su hermano René, junto con otros parientes, temiendo que liquidase todos los bienes raíces de la familia, logró que el rey firmase una orden que le prohibía seguir dilapidándolos. Gilles de Rais decidió recurrir a la alquimia, en primer lugar, y más adelante, al satanismo. El cura Blanchet se convirtió en su procurador.

Para empezar, el sacerdote le presentó a un orfebre al que había conocido en la taberna del pueblo. El artesano se jactaba de que podía convertir la plata en oro. De Rais le entregó una moneda de plata y le dejó a solas para que obrase el milagro. Cuando regresó al taller se encontró con el alquimista tirado en el suelo entre vapores etílicos, inconsciente. Al parecer, su don consistía principalmente en convertir una moneda de plata en varias frascas de vino.

Visto que la alquimia no funcionaba, De Rais se pasó al satanismo. El mariscal de Francia, que había visto a Juana de Arco sacarse una flecha del cuello y continuar luchando como si nada, tenía fe en los milagros y estaba convencido no sólo de que los tratos con el demonio le sacarían de sus apuros económicos, sino también de que le convertirían en el hombre más poderoso de Francia.

Blanchet le presentó a un brujo llamado Riviére que se decía capaz de convocar al diablo. Durante el juicio contra Gilles, Blanchet relató cómo una noche Riviére, armado con escudo y espada, les condujo a todos al claro de un bosque y les hizo esperar allí mientras él iba en busca de Satán: "Escuchamos un gran estruendo, que a mí me pareció el ruido de una espada contra un escudo, y al poco apareció Riviére, pálido y muerto de miedo, diciendo que el diablo había pasado a su lado en el bosque. Después regresamos a Pouzages y estuvimos allí de juerga hasta que nos quedamos dormidos". El brujo Riviére, visto que su amo se lo creía todo como un niño, le pidió una fuerte cantidad de dinero para comprar material de invocaciones satánicas. Gilles se lo dio y el mago desapareció como por ensalmo.

Pero De Rais no escarmentaba. En 1438 envió a Blanchet a Italia en busca de un nigromante que pudiese ponerle en contacto con Satanás. El sacerdote conoció a François Prelati, un joven políglota, charlatán y embaucador que se dedicaba a hacer conjuros. Blanchet y Prelati llegaron al castillo de Tiffauges en la primavera de 1439. Gilles de Rais puso inmediatamente a su disposición todos los medios para que el hechicero convocase al diablo en la noche más propicia del año, la de San Juan.

Llegados el día y la hora, el cura Blanchet, los criados Poitou y Henriette, el primo Guillaume de Sillé, De Rais y Prelati se encerraron en el gran salón del castillo. El brujo dibujó un gran círculo en el suelo, inscribió una estrella de cinco puntas dentro de él y pintó símbolos en los entrepaños. De acuerdo con el testimonio de Blanchet, De Rais seguía a Prelati por todo el salón con un gran volumen lleno de páginas escritas en rojo. También llevaba consigo una carta dirigida al Maligno, en donde le prometía todo lo que quisiese —menos la vida y el alma— a cambio de una fortuna sin límites.

Cuando terminó de dibujar, Prelati les dijo que ni se les ocurriera santiguarse, por mucho miedo que tuviesen. Ordenó cerrar las ventanas y entonces Gilles mandó a los demás que saliesen de la gran sala. De Sillé se alegró porque en otra ocasión, cuando un mago había convencido a los dos primos de que había un espíritu en la habitación donde se hallaban, le dio un pánico tal que saltó por una ventana. Según De Rais, Prelati condujo una ceremonia que consistía en conjurar, a veces de rodillas, a veces de pie, y también deambulando, a un diablo llamado Barrón. Éste no apareció, pero sí lo hizo una tormenta que levantó un ventarrón furioso y descargó una tromba de lluvia impresionante; cayeron rayos y truenos sobre Tiffauges. La tormenta sirvió para consolar a Gilles del plantón que les había dado el diablo y, al mismo tiempo, para salvar el prestigio nigromántico del sinvergüenza de Prelati.

Este sainete se convirtió en rito macabro cuando Prelati, tal vez ignorando los crímenes de Gilles de Rais, le dijo que Barrón exigía un sacrificio con el corazón, los ojos y los órganos sexuales de un niño. El hechicero obtuvo lo que había pedido y realizó el sacrificio, esta vez encerrándose a solas en una sala del castillo. Desde fuera, los demás escucharon gritos, golpes e imprecaciones. Prelati salió de la sala lleno de heridas y magulladuras, diciendo que Barrón se

había mostrado y le había propinado una paliza brutal. Blanchet, en su testimonio ante los jueces, sostuvo que los ruidos de aquel día "le sonaron como si alguien sacudiera un colchón de plumas".

Mientras tanto, la liquidación de propiedades continuaba. René, siempre alerta, seguía acosando a su hermano por su prodigalidad y tras varios pleitos logró que un tribunal le asignase el castillo de Champtocé. Gilles de Rais se echó a temblar ante la posibilidad cada vez más real de que René se hiciese también con Machecoul. Envío allí a Henriette y a Poitou para que incinerasen los cuerpos de más de 50 niños que había mandado guardar en una torre. Efectivamente, René ocupó Machecoul e interrogó a Henriette y a Poitou acerca de los esqueletos que se habían encontrado en el castillo. Los criados dijeron que no sabían nada, y René prefirió acallar aquel asunto familiar que podía salpicarle.

Otros poderosos, sin embargo, acechaban desde hacía tiempo a Gilles de Rais. Cualquier excusa les vendría bien para rapiñar la inmensa fortuna de un criminal loco y manirroto. Entre los buitres había dos enemigos jurados: el duque de Bretaña, Juan V, y el obispo de Nantes, Jean de Malestroit. Los rumores sobre las desapariciones de niños no bastaban para emprender acciones; al fin y al cabo se trataba con toda seguridad de siervos, campesinos o artesanos. A Gilles de Rais, conviene recordarlo, le juzgaron y condenaron no tanto por los crímenes que había cometido como porque todavía poseía una fortuna que muchos codiciaban.

El proceso contra Barba Azul se inició a raíz del secuestro de un sacerdote mientras celebraba misa mayor en la iglesia de St. Etienne. Este sacerdote era hermano del tesorero del duque de Bretaña, que le había obligado a aceptar la venta de uno de sus castillos. Furioso por la humillación y con el miedo loco de un animal esquinado, De Rais decidió vengarse. Entró en St. Etienne hacha en mano y secuestró al cura.

Había llegado la hora. Ésta era la excusa perfecta para que el duque y el obispo interviniesen. El prelado empezó a recabar información, y la obtuvo: desapariciones, secuestros, invocaciones al diablo, laboratorios de alquimia, el famoso libro de conjuros supuestamente escrito con la sangre de sus víctimas... Había crímenes más que de sobra para que los motivos económicos de fondo permaneciesen ocultos. En julio de 1440, el obispo publicó un informe: "Monsieur Gilles de Rais, señor, caballero y barón, sujeto a nuestra jurisdicción, con la ayuda de varios cómplices cortó los cuellos, mató y masacró a muchos niños pequeños e inocentes, con los que además practicó actos de lujuria antinaturales y el vicio de la sodomía; ha llamado o hecho a otros convocar malignamente a los diablos, y ha perpetrado otros crímenes tremendos en los límites de nuestro episcopado...".

El escrito del obispo de Nantes llegó a oídos de Gilles de Rais, pero el mariscal de Francia no se dejó achantar por tan poca cosa; sus primos Guillaume de Sillé y Roger de Briquerville, sí. Recogieron el dinero que tenían apartado para una eventualidad como ésta y desaparecieron para siempre. En Tiffauges quedaron, junto a Barba Azul, sus criados Poitou y Henriette, el nigromante Prelati y el capellán Blanchet. Los soldados del duque los prendieron y los condujeron ante el juez eclesiástico de Nantes para que Gilles prestara declaración sobre los sucesos de la iglesia de St. Etienne. A los tres días, el juez civil comenzó a recabar testimonios, y poco después abrió un proceso al señor De Rais por 34 asesinatos y la desaparición de 140

muchachos, además de acusarle de sodomía, herejía y violación de lugar sagrado.

En el primer interrogatorio, Gilles de Rais insultó a los jueces llamándoles simoníacos y prevaricadores, y dijo que preferiría verse colgando de una soga a contestar las preguntas de "curillas y leguleyos". Le preguntaron cuatro veces, y cuatro veces ignoró al tribunal. El obispo Malestroit decidió excomulgarle. Mientras esperaba la siguiente vista del juicio, De Rais pidió confesarse y comulgar, pero como había sido excomulgado no podía recibir ningún sacramento. Por temor a que se perdiese su alma confesó todos los crímenes que se le imputaban menos el de haber convocado al diablo. Pidió perdón a los miembros del tribunal, y el obispo le readmitió en la Iglesia.

Sin embargo, el fiscal no se contentó con esta confesión e insistió en que Barba Azul reconociese que había intentado convocar al diablo. Gilles de Rais rechazó el cargo y propuso que le sometieran a la prueba del fuego (agarrar un hierro candente con la mano) para demostrar su inocencia. No hizo falta llegar tan lejos, porque tanto Poitou como Henriët, además del cura Blanchet y Prelati, declararon —posiblemente bajo tortura— que hubo invocaciones diabólicas. Al leerle las declaraciones de sus compañeros, el mariscal de Francia se limitó a recomendar que las hiciesen públicas para aviso de herejes. No bastó. El fiscal exigía una confesión, así que solicitó a los jueces permiso para obtenerla bajo tortura.

Pero el obispo, más práctico, lo excomulgó de nuevo y Barba Azul confesó entre súplicas para que le readmitiesen en la Iglesia. Absuelto de la sentencia de excomunión "por el amor de Dios", Gilles de Rais y sus cómplices fueron condenados a la horca. Pierre de l'Hôpital confirmó la sentencia a muerte dictada por el tribunal eclesiástico: se les condenaba a ser colgados del cuello hasta la muerte y a que sus cuerpos fueran quemados hasta que de ellos sólo quedasen cenizas. El mariscal de Francia pidió ser el primero en subir al cadalso para dar ejemplo a sus criados", y el tribunal se lo concedió.

Gilles de Rais fue ajusticiado el 26 de octubre de 1440 en Nantes. Desde el patíbulo, antes de que se ejecutara la sentencia, confesó públicamente sus crímenes y dio un discurso elocuente y conmovedor sobre los peligros de una juventud disoluta. Conminó a los reunidos a que educasen a sus hijos con rigor y a que permaneciesen siempre fieles a la Iglesia. En lugar de ser quemado, el obispo permitió que se enterrase su cuerpo con los ritos cristianos.

La maldad de Gilles de Rais hundía sus raíces en la satisfacción que proporciona la barbarie, algo tan arraigado en nosotros que sólo el poder de la civilización es capaz de reprimir. Freud diría que a costa del profundo malestar que nos genera. Entre el malestar de la civilización y la maldad de la barbarie, Gilles de Rais optó por la segunda: "Yo soy una de esas personas para quienes todo lo relacionado con la muerte y el sufrimiento tiene una atracción dulce y misteriosa, una fuerza terrible que empuja hacia abajo... si lo pudiera describir o expresar, probablemente no habría pecado nunca. Yo hice lo que otros hombres sueñan. Yo soy vuestra pesadilla".

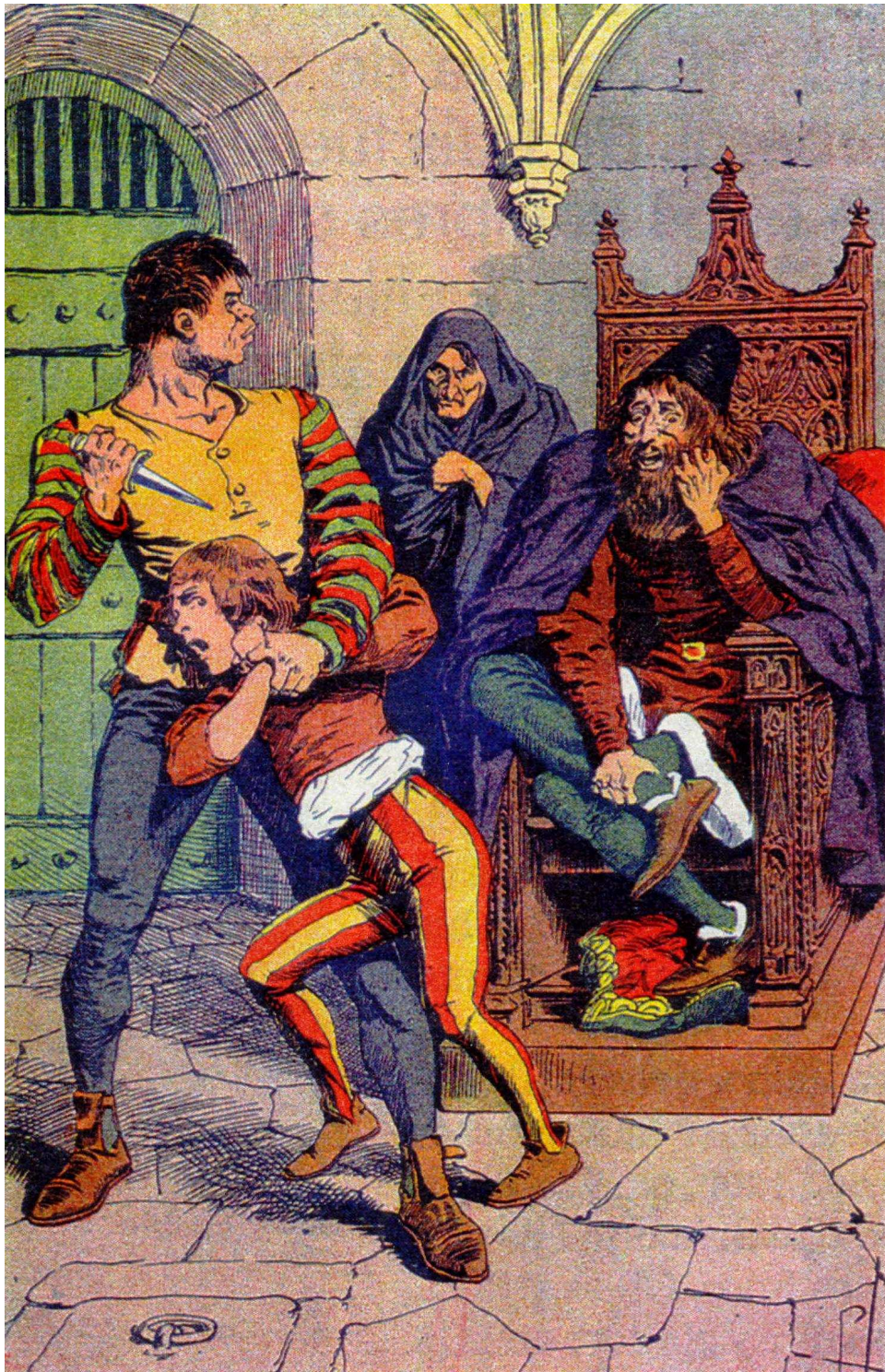




#### CABALLERO

Gilles de Rais empezó su carrera militar en la Guerra de los Cien Años y apoyó en su lucha a Juana de Arco.





#### EN NOVELAS

Los crímenes de Gilles de Rais aparecieron en folletones en Francia hacia 1900 . Louis Bombled veía así sus fechorías.





CASTILLO DE LA MUERTE  
En este castillo de Machecoul, el señor De Rais organizaba sus orgías.  
Allí encontraron 50 cadáveres de niños.

**El País semanal Nº 1539 de 26 de marzo de 2006**